

*Plaza pública*

para la edición del 12 de enero de 1995

**Sangre chiapaneca**

Miguel Ángel Granados Chapa

Ha sido frecuente, al grado de constituir una regla, que el rígido sistema político mexicano castigue con la destitución a los gobernadores incapaces de entenderse políticamente con sus opositores y que <sup>esa misma</sup> por esa inaptitud lleguen al derramamiento de sangre. No ha sido esa, en tiempos recientes, la principal causa de sustitución de gobernadores, ni todos los que enfrentan con violencia a sus antagonistas han pagado ese precio. Pero la muerte política, en que participan fuerzas públicas ostensiblemente, debe ser un límite más allá del cual no se deba soportar la actuación de la autoridad.

Si eso es cierto respecto de toda entidad, con mayor razón debe serlo allí donde otros factores amenazan a la sociedad. En Chiapas, donde un grupo armado rebelde en tregua precaria y provisional se mueve en las cercanías del Ejército federal, y donde las fuerzas sociales han avivado sus conflictos principalmente agrarios, toda otra tensión debe ser evitada, o abordada con los instrumentos de la escucha y la consulta, el diálogo y la persuasión. No se han aplicado esos medios en los días recientes y en Chicomuselo se produjeron ya seis muertes, derivadas de la reacción gubernamental a la movilización política destinada a hacer que renuncie el gobernador Eduardo Robledo.

-1-

Este debiera recordar que hace casi medio siglo un antecesor suyo tuvo que renunciar por olvidar la regla de oro de que con las bayonetas se puede hacer mucho, menos sentarse sobre ellas para gobernar. Escuchemos al efecto el relato que de aquella circunstancia hace Hipólito Rébora en sus Memorias de un chiapaneco. El autor es tapachulteco, miembro de una familia acadudalada de la región, dedicado él al comercio catetalero y amigo de personajes prominentes. Por la época a que se refiere su relato se hospedaron en su casa el candidato presidencial Miguel Alemán y los presidentes de Guatemala y México, Juan José Arévalo y Manuel Avila Camacho, con motivo de su encuentro en la frontera entre ambos países, el 4 de noviembre de 1946.

Poco después de esa fecha se efectuaron elecciones municipales, en las que contendieron Luis Guízar, un michoacano radicado en Tapachula, sostenido por el PRI; y Ernesto Córdova (o Mendoza, como también lo llama Rébora, a cuya precisión he ayudado con investigaciones adicionales), apoyado por la disidencia local, representada por el Partido Cívico. Derrotado este último mediante argucias, sus militantes decidieron inconformarse y anunciaron la toma del palacio municipal a fin de evitar que Guízar asumiera la alcaldía el 31 de diciembre.

Rebora habló del asunto con el gobernador, general Juan Esponda y le advirtió sobre el riesgo de que hubiera una trifulca, a lo que Esponda respondió:

"Ustedes los tapachultecos son muy escandalosos. No va a haber nada, pues ya traté el asunto con el Lic.

Alemán y está todo arreglado. La tropa va a custodiar la ciudad y todo quedará tranquilo".

Todavía Rébora replicó y hasta propuso que un tercero encabezara un consejo municipal, para evitar un enfrentamiento. El gobernador rehusó la fórmula y anunció que "una vez que tomara posesión Guízar, todo el pueblo iba a estar contento, porque Guízar era una persona muy activa y se iban a hacer muchas obras en Tapachula, ya que él iba a ayudar a la ciudad con 300 mil pesos, que servirían para hacer grandes mejoras, y cuando vieran cómo estaba trabajando, el pueblo entero estaría con Guízar".

El último día de 1946, concluida la toma de posesión de Guízar, miembros del Partido Cívico se dirigieron a la sede del ayuntamiento, en donde se había parapetado "policías y judiciales", según cuenta Rébora, quien describe así la situación:

"María Herrán era la abanderada y fue la que iba adelante y al llegar a la entrada de palacio, a la puerta central, un policía los detuvo, y una señora, que llevaba una banderita como llevaban todos, con una punta de fierro como de quince centímetros, nos contó que con esa punta le atravesó la mejilla y María le pegó con la bandera a otro policía". Ante esa agresión, los agentes dispararon desde la azotea, y pronto varias personas yacían muertas en la plaza, entre ellas María Herrán.

Aunque Rébora formula una confusa explicación sobre el papel del Ejército, cuyas tropas no patrullaban la ciudad, y sobre la enemistad del gobernador Esponda con su antecesor, el doctor Rafael Pascasio Gamboa, a la

sazón secretario de Salubridad, lo cierto es que el zafarrancho, como lo llamó la prensa de esos días, causó un estremecimiento político. Pocas horas después de ocurrido, llegó a Tuxtla Gutiérrez el secretario de Gobernación Héctor Pérez Martínez, quien se hallaba en Villahermosa en el momento de la matanza y voló a la capital de Chiapas. El gobierno de Alemán cumplía apenas su primer mes y no era cosa de compartir irresponsabilidades ajenas. El 3 de enero la legislatura local anuló los comicios en Tapachula, fue cesado el Procurador de Justicia y hasta se ordenó la aprehensión de Guízar. El gobernador Esponda resistió tres días más, pero el Día de Reyes "obtuvo" licencia. En su lugar fue nombrado el general César Lara, que concluyó el cuatrienio, y en la ciudad fronteriza gobernó un consejo encabezado por Carlos Elorza.

Rébora se ufana:

"El Lic. Pérez Martínez, para resolver la situación de Tapachula, que estaba muy revuelta, llegó con el ya nombrado gobernador César Lara; después de resolver favorablemente para el pueblo la situación tensa de la ciudad, estuvieron en mi casa el Lic. Pérez Martínez, quien llegó con Cesar Lara por ser este último amigo mío; los invité a comer".

PLAZA PÚBLICA  
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

# Sangre chiapaneca

La muerte de seis personas en Chicomuselo, Chiapas, revela la gravedad a que pueden llegar los enfrentamientos de la oposición contra las fuerzas públicas en un estado donde un episodio similar causó hace medio siglo la caída del gobernador.



Ha sido frecuente, al grado de constituir una regla, que el rígido sistema político mexicano castigue con la destitución a los gobernadores incapaces de entenderse políticamente con sus opositores y que por esa misma ineptitud llegaran al derramamiento de sangre. No ha sido esa, en tiempos recientes, la principal causa de sustitución de gobernadores, ni todos los que enfrentan con violencia a sus antagonistas han pagado ese precio. Pero la muerte política, en que participan fuerzas públicas ostensiblemente debe ser un límite más allá del cual no se deba soportar la actuación de la autoridad.

Si eso es cierto respecto de toda entidad, con mayor razón debe serlo allí donde otros factores amenazan a la sociedad. En Chiapas, donde un grupo armado rebelde en tregua precaria y provisional se mueve en las cercanías del Ejército federal, y donde las fuerzas sociales han avivado sus conflictos principalmente agrarios, toda otra tensión debe ser evitada, o abordada con los instrumentos de la escucha y la consulta, el diálogo y la persuasión. No se han aplicado esos medios en los días recientes y en Chicomuselo se produjeron ya seis muertes, derivadas de la reacción gubernamental a la movilización política destinada a hacer que renuncie el gobernador Eduardo Robledo.

Esto debiera recordar que hace casi medio siglo un antecesor suyo tuvo que renunciar por olvidar la regla de oro de que con las bayonetas se puede hacer mucho, menos sentarse sobre ellas para gobernar. Escuchemos al efecto el relato de que de aquella circunstancia hace Hipólito Rébora en sus *Memorias de un chiapaneco*. El autor es tapachulteco, miembro de una familia acaudalada de la región, dedicado él al comercio cafetalero y amigo de personajes prominentes. Por la época a que se refiere su relato se hospedaron en su casa el candidato presidencial Miguel Alemán y los presidentes de Guatemala y México, Juan José Arévalo y Manuel Avila Camacho, con motivo de su encuentro en la frontera entre ambos países, el 4 de noviembre de 1946.

Poco después de esa fecha se efectuaron elecciones municipales, en las que contendieron Luis Guízar, un michoacano radica-

do en Tapachula, sostenido por el PRI; y Ernesto Córdova (o Mendoza, como también lo llama Rébora, a cuya precisión he ayudado con investigaciones adicionales), apoyado por la disidencia local, representada por el Partido Cívico. Derrotado este último mediante argucias, sus militantes decidieron inconformarse y anunciaron la toma del palacio municipal a fin de evitar que Guízar asumiera la alcaldía el 31 de diciembre.

Rébora habló del asunto con el gobernador, general Juan Esponda y le advirtió sobre el riesgo de que hubiera una trifulca, a lo que Esponda respondió:

"Ustedes los tapachultecos son muy escandalosos. No va a haber nada, pues ya traté el asunto con el Lic. Alemán y está todo arreglado. La tropa va a custodiar la ciudad y todo quedará tranquilo".

Todavía Rébora replicó y hasta propuso que un tercero encabezara un concejo municipal, para evitar un enfrentamiento. El gobernador rehusó la fórmula y anunció que "una vez que tomara posesión Guízar, todo el pueblo iba a estar contento, porque Guízar era una persona muy activa y se iban a hacer muchas obras en Tapachula, ya que él iba a ayudar a la ciudad con 300 mil pesos, que servirían para hacer grandes mejoras, y cuando vieran cómo estaba traba-



El gobernador Eduardo Robledo sigue siendo impugnado por porciones de la sociedad en Chiapas que no se avienen a reconocer resultados electorales tachados de fraudulentos y se movilizan mediante la ocupación de presidencias municipales.

jando, el pueblo entero estaría con Guízar".

El último día de 1946, concluida la toma de posesión de Guízar, miembros del Partido Cívico se dirigieron a la sede del ayuntamiento, en donde se habían parapetado "policías y judiciales", según cuenta Rébora, quien describe así la situación:

"María Herrán era la abanderada y fue la que iba adelante y al llegar a la entrada de palacio, a la puerta central, un policía los detuvo, y una señora, que llevaba una banderita como llevaban todos, con una punta de fierro como de quince centímetros, nos contó que con esa punta le atravesó la mejilla y María le pegó con la bandera a otro policía". Ante esa agresión, los agentes dispararon desde la azotea, y pronto varias personas yacían muertas en la plaza, entre ellas María Herrán".

Aunque Rébora formula una confusa explicación sobre el papel del Ejército, cuyas tropas no patrullaban la ciudad, y sobre la enemistad del gobernador Esponda con su antecesor, el doctor Rafael Pascasio Gamboa, a la sazón secretario de Salubridad, lo cierto es que el zafarrancho, como lo llamó la prensa de esos días, causó un estremecimiento político. Pocas horas después de ocurrido, llegó a Tuxtla Gutiérrez el secretario de Gobernación Héctor Pérez Martínez, quien se hallaba en Villahermosa en el momento de la matanza y voló a la capital de Chiapas. El gobierno de Alemán cumplía apenas su primer mes y no era cosa de compartir irresponsabilidades ajenas. El 3 de enero la Legislatura local anuló los comicios en Tapachula, fue cesado el procurador de Justicia y hasta se ordenó la aprehensión de Guízar. El gobernador Esponda resistió tres días más, pero el Día de Reyes "obtuvo" licencia. En su lugar fue nombrado el general César Lara, que concluyó el cuatrienio, y en la ciudad fronteriza gobernó un congreso encabezado por Carlos Elorza.

Rébora concluye ufánandose de sus relaciones con el poder:

"El Lic. Pérez Martínez, para resolver la situación de Tapachula, que estaba muy revuelta, llegó con el ya nombrado gobernador César Lara; después de resolver favorablemente para el pueblo la situación tensa de la ciudad, estuvieron en mi casa el Lic. Pérez Martínez, quien llegó con César Lara por ser este último amigo mío; los invité a comer".

Un año antes, el gobernador de Guajuato Ernesto Hidalgo había caído por una matanza municipal análoga, en León, donde al igual que en Tapachula una agrupación cívica no se avino a la imposición de un alcalde. Entre las varias constantes en estas historias, encontramos que se repiten la decisión ciudadana de resistir la arbitrariedad y la torpeza criminal de sofocar con fuego las protestas. Veremos si también los desenlaces son reeditados.